

*Ignacio Zaragoza:
soldado de la libertad,
1829-1862*

Ignacio Zaragoza:
soldado de la libertad,
1829-1862

SERGIO ROSAS SALAS

La obra cumplió un proceso de revisión por pares externos.

Primera edición, 2025

Diseño de portada: Estudio Ahuehuete a partir de una cromolitografía de José Guadalupe Posada para la portada de Heriberto Frias, *El cinco de mayo de 1862 y el sitio de Puebla*, México, Maucci Hermanos, 1901, Biblioteca del Niño Mexicano, Alamy.com/Bygone Collection.

D. R. © Sergio Francisco Rosas Salas

D. R. © 2025, Benemérita
Universidad Autónoma de Puebla
4 Sur 104, Centro Histórico, 72000, Puebla, Pue.
Teléfono: 222 229 5500
www.buap.mx

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
“Alfonso Vélez Pliego”
Av. Juan de Palafox y Mendoza 208,
Centro Histórico, 72000, Puebla, Pue.
Teléfono: 222 229 5500, ext. 3131

D. R. © 2025, Libros Grano de Sal, SA de CV
Av. Río San Joaquín, edif. 12-B, int. 104, Lomas de Sotelo,
11200, Miguel Hidalgo, Ciudad de México, México
contacto@granodesal.com | www.granodesal.com
𝕏 GranodeSal  LibrosGranodeSal  grano.de.sal

Todos los derechos reservados. Se prohíben la reproducción
y la transmisión total o parcial de esta obra, de cualquier
manera y por cualquier medio, electrónico o mecánico
—entre ellos la fotocopia, la grabación o cualquier otro
sistema de almacenamiento y recuperación—, sin la
autorización por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-9744-14-6 (BUAP)
ISBN 978-607-69260-0-0 (Grano de Sal)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

1. Soldado de la frontera, 1854-1858

El 14 de marzo de 1854 llegó a Monterrey la noticia de que “en el sur” el general Juan Álvarez había desconocido el gobierno de Antonio López de Santa Anna.¹ Dos días más tarde, el secretario del gobierno de Nuevo León, Santiago Vidaurri, protestó contra aquella rebelión y consideró el levantamiento de Álvarez “como crimen de lesa nación”, sosteniendo que Santa Anna ejercía el poder “por la voluntad nacional”.² Los comandantes y jefes de la Guardia Nacional de Nuevo León se manifestaron en el mismo sentido: hicieron constar “la fidelidad que nuevamente protestan a Su Alteza Serenísima el general presidente”.³ Entre las firmas de los coroneles, tenientes y subtenientes del cuerpo militar, apareció la rúbrica de Ignacio Zaragoza, capitán del Batallón Activo de Nuevo León. Era la primera vez que el nombre de aquel joven aparecía en la prensa. Fue claro entonces que su firma representaba a los soldados de su clase y que la postura política del joven miliciano y del resto de las guardias del estado dependía de la que había asumido el secretario Vidaurri.

Lo que era imposible discernir entonces era que el nombre de Ignacio Zaragoza quedaría ligado a la historia de la Revolución de Ayutla. Sin embargo, salvo esta primera vez que se pronunció a favor de Santa Anna, su labor se dedicaría a la defensa de los principios liberales que enarbóló Juan Álvarez. Así lo hizo a partir del 30 de mayo de 1855, cuando se pronunció en Ciudad Victoria a favor del movimiento restaurador de la libertad.⁴ Desde entonces, Zaragoza militó bajo la égida del poderoso gobernador de Nuevo León: en julio de 1855, participó en la batalla de Saltillo contra las fuerzas de Francisco Gutiérrez, para garantizar la anexión de Coahuila a la autoridad de Vidaurri; al año siguiente, recorrió la frontera para afianzar las milicias estatales y, el 1 de noviembre de 1856, vivió su bautizo de sangre al defender la Ciudadela de Monterrey contra las fuerzas federalistas de Juan José de la Garza. Basado en una buena

estrategia y apoyado por los suyos, Zaragoza triunfó y aseguró no sólo el control de Monterrey, sino que apuntaló la leyenda de que los norteños eran imbatibles en la batalla. A lo largo de esa trayectoria hay dos valores que atraviesan las tareas militares de Zaragoza: el del patriotismo, entendido como un sentimiento de pertenencia al país, que se expresó de manera práctica en el servicio de las armas, y el del liberalismo, manifestado como la plena adhesión de Zaragoza a los principios del liberalismo vidaurresta.

El ascenso de Zaragoza, sin embargo, no puede entenderse sin el favor de los poderosos: Vidaurre lo protegió e impulsó como a uno de los suyos. Cuando en diciembre de 1857 Zaragoza emprendió un viaje a la ciudad de México para presentarse ante el presidente Ignacio Comonfort, ya lo había precedido una carta de recomendación del gobernador. El levantamiento de Tacubaya, sin embargo, canceló el encuentro en la capital e hizo que Zaragoza volviera a Monterrey, donde se preparó para la guerra. Además de reconstruir con detalle estos acontecimientos, este capítulo tiene como objetivo comprender las razones que llevaron a que Zaragoza y, más aún, a que Vidaurre y los actores políticos y militares de las milicias norteñas se convirtieran, a partir de 1855, en uno de los grupos beligerantes más poderosos, activos y radicales en la defensa de los principios liberales. Con base en este enfoque, subrayaré tres aspectos: que Zaragoza contribuyó desde una posición secundaria a asegurar el escenario para las victorias que las fuerzas de Vidaurre vivieron entre 1855 y 1857; que el pronunciamiento y la labor militar en Ciudad Victoria y Monterrey acercaron al joven militar con el gobernador, y finalmente que fue esta cercanía, que Zaragoza supo cultivar y aprovechar, lo que le permitió tener un rápido ascenso en el seno de la camarilla vidaurresta y, sobre todo, plantearse de manera clara los principios liberales que defendería a partir de entonces.⁵

La historia que presentaré en seguida no es, pues, la historia de un prodigo, sino la de una carrera favorecida por el carisma y por la buena voluntad de los superiores. Si algo excepcional destaca en este primer momento de la carrera de Zaragoza, es la relativa abundancia de referencias sobre su vida familiar. A partir de 1858, las noticias sobre los suyos se tornan muy escasas, algo que no ocurre al iniciar su carrera militar. Por ello es importante hacer

una breve excursión por los orígenes del joven soldado. ¿Quiénes eran estos Zaragoza? ¿De dónde provenía el interés y la capacidad de aquel muchacho por las armas?

LOS ORÍGENES

Una de las frustraciones más acusadas de los biógrafos de Ignacio Zaragoza es que no se ha podido localizar ningún documento fidedigno de sus primeros años. El profesor Berrueto Ramón, por ejemplo, redactó una amplia nota final en la que dejó constancia de que, tras múltiples pesquisas en los archivos texanos —sobre todo en San Antonio y Goliad—, le había sido imposible encontrar la partida de bautismo de Ignacio.⁶ A pesar de que ningún otro historiador, profesional o dilettante, ha podido hallar este papel casi mítico y de que no ha sido posible confirmar el dato con documentación fehaciente, desde entonces se ha aceptado como buena la versión de su secretario Manuel Z. Gómez, quien afirma que Ignacio Zaragoza nació en Bahía del Espíritu Santo, en el estado de Texas, el 24 de marzo de 1829, fruto del matrimonio formado por el capitán Miguel Zaragoza y María de Jesús Seguín, él un veracruzano dedicado al ejercicio de las armas, ella miembro de una de las familias destacadas de Béjar.⁷

Es precisamente en la línea materna donde encontramos al hasta entonces miembro más ilustre de la prosapia familiar: el capitán Juan N. Seguín, tío segundo de María de Jesús. Seguín es reconocido por haber sido uno de los negociadores del ejército texano con las avanzadas mexicanas en 1836, entre las batallas de El Álamo —en la que no parece haber participado activamente— y San Jacinto, el 21 de abril. Habría iniciado sus labores militares en 1834, patrullando los ranchos del valle del río Grande, para integrarse al año siguiente al ejército texano que resistió la incursión mexicana.⁸ En 1837, llegó a ser jefe militar de San Antonio y desde esa posición se dedicó a afianzar las defensas de la región para conseguir la independencia texana. Además del buen manejo de las armas, se le reconocía por ser bilingüe y, por lo tanto, por ser capaz de hablar con texanos y mexicanos. En sus memorias, sin embargo, hay un detalle interesante: señala que su apoyo a la separación de Texas fue

una consecuencia directa del apoyo general que esta decisión tenía ya entre los vecinos de la entidad y del llamado que en 1835 hizo el gobernador de Coahuila y Tejas, Agustín Viesca, a “varios departamentos para resistir las agresiones de Santa Anna contra el estado”.⁹ Éstas son las razones por las que, siempre según su versión, lo encontramos enlistándose en las guardias nacionales del distrito de San Antonio en 1835. Cuatro años más tarde, en 1839, llegó a ser senador de Texas. Como político y militar se relacionó en aquellos años no sólo con Stephen Austin, el líder de los texanos, sino con actores clave como Juan Antonio Navarro y el ranchero Carlos de la Garza, defensor de los ejércitos texanos contra indios y mexicanos, quien según una tradición oral fue el padrino de bautizo de Ignacio Zaragoza.¹⁰ Más allá de la veracidad de este dato, está claro que Seguín formó parte de una generación de mexicanos que trasladaron su lealtad a la república texana en aras de obtener una radical autonomía política que no pudieron encontrar en México. Este grupo apoyó la independencia de su estado y la posterior anexión a Estados Unidos para poder integrarse con éxito a la “revolución del algodón” que llegó de la mano de los migrantes estadounidenses e hizo de Texas uno de los puntos neurálgicos de los circuitos de comercio mundial en más rápida expansión global.¹¹

De los elementos anteriores resulta claro que Zaragoza tenía antecedentes castrenses en las dos ramas de su genealogía y por lo tanto el modelo del hombre militar debió ser no sólo uno de los primeros, sino uno de los más importantes que Ignacio conoció cuando niño. En segundo lugar, al menos gracias a Juan N. Seguín y como una herencia directa de la lucha de independencia texana, en la familia materna de Zaragoza había una doble tradición de autonomía regional y de rechazo a las políticas centralistas mexicanas, encarnadas en el rechazo a la figura del presidente Antonio López de Santa Anna.¹² No se trata de exagerar una influencia que ciertamente es difícil de determinar, pero tampoco de ignorar un amplio antecedente en la formación del primer Zaragoza, el cual no puede pasar inadvertido. Cuando, después del fracaso de Ahualulco, María de Jesús Seguín le pidió a Vidaurri informes sobre el paradero de sus hijos, es evidente su apoyo a la labor militar del gobernador y su convicción a favor de los ideales del norte.¹³ En ese

sentido, la defensa de la autonomía local y regional que encontramos en los Zaragoza no es sólo un principio abstracto nacido en las aulas o la lectura de libros, sino que tiene entre sus antecedentes más importantes la lucha familiar por Texas.

En lo que toca a la línea paterna, sabemos que Miguel Zaragoza Valdés llegó a ser capitán de plana mayor. El periodo que va de 1829 a 1846 es muy confuso para los biógrafos de Zaragoza, en buena medida porque lo que conocemos son solicitudes de movilidad del padre: según Guillermo Colín, Zaragoza Valdés había nacido en Veracruz y en 1823 ya era subteniente de fusileros, cargo con el cual llegó a Béjar en 1826. Después de haber pasado unos años ahí y en Bahía del Espíritu Santo, entre 1835 y 1846 prestó servicios en Guanajuato y Matamoros, donde permaneció hasta 1846, cuando se habría trasladado con su familia a Zacatecas, donde finalmente moriría en 1851.¹⁴ Queda todavía en el misterio si Miguel Zaragoza participó activamente en el ejército mexicano que intervino en la lucha contra los ejércitos texanos en 1836 y si la razón última para que la familia Zaragoza Seguín pasara de Goliad a Matamoros fue el rechazo a la independencia de Texas, la división de su clan o una simple cuestión de empleo: perdido aquel territorio para los mexicanos, el ejército ubicado en el noreste fue relocalizado en Nuevo León y Tamaulipas. Según algunos relatos orales, en ambos estados y en San Luis Potosí el joven Ignacio debió dedicarse al comercio de abarrotes para contribuir a la sobrevivencia cotidiana de la familia.¹⁵

Si en algo influyó la figura de Miguel sobre su hijo, fue en su vocación por las armas y en cierto patriotismo mexicano en ciernes, que Zaragoza Valdés habría construido a lo largo de su carrera militar. Podemos encontrar ecos de ambos elementos en el primer documento de puño y letra que se conoce de Ignacio Zaragoza Seguín: el 23 de octubre de 1846, él mismo pidió a la Secretaría de Guerra que se le diera de alta como cadete en el Regimiento de Húsares de Zacatecas “para batirse con los enemigos”.¹⁶ Tenía 17 años y “los enemigos” no son otros que el ejército de Estados Unidos. Al reproducir esta petición, los biógrafos han insistido en la juventud del héroe; si bien es algo a destacar, creo que se debe subrayar aún más el interés que Zaragoza demuestra por alistarse y luchar contra el ejército estadounidense. No parece que se trate del reclamo

a una *matria* perdida, como podría hacer pensar su brevísima biografía, sino de un incipiente patriotismo mexicano.

Vale la pena reflexionar, primero, en su interés por alistarse; ya Claudia Ceja ha mostrado que en la primera mitad del siglo XIX incluso los reclutadores hacían más énfasis en los beneficios económicos de integrarse al ejército que en el servicio a la patria.¹⁷ Si bien no puede descartarse el interés económico, Zaragoza antepone un deseo: luchar contra el ejército estadounidense, al cual califica con el duro y hostil calificativo de “los enemigos”. ¿Qué subyace a esta posición radical? Creo que en ella podemos encontrar un incipiente patriotismo, fruto de su relación con el padre y de las experiencias cotidianas de la guerra, que puede definirse de entrada y simplemente como la convicción de pertenecer a una nación llamada México, un principio de pertenencia que en el contexto de las décadas de 1820 a 1840 conllevaba el apremio de defender el territorio y aun la supervivencia de la nación ante las amenazas extranjeras, desde el desembarco español de 1829 hasta la declaratoria de guerra del Congreso de Estados Unidos en 1846. Comunidad imaginada o experiencia de vida cotidiana, este patriotismo era la expresión de una identidad forjada como pertenencia a un grupo con características comunes: ser “mexicano” era, para estos hombres ligados al ejército, habitar un territorio recientemente (re)definido, compartir un idioma, algunas costumbres y una identidad común.¹⁸ Es cierto que este patriotismo no era unánime. Pero era característico de los grupos a los que pertenecía Zaragoza: había surgido entre los habitantes blancos o mestizos de clases medias y altas, muchas veces vinculados a las profesiones liberales y al comercio, habitantes de las ciudades mexicanas que hablaban español y se vinculaban de una u otra forma con las fuerzas armadas nacionales.

Visto así, el patriotismo mexicano está profundamente ligado al ejército hasta la Reforma liberal, pues los soldados podían recorrer el territorio nacional, se vinculaban con actores similares en el resto de la república y hacían del servicio a la nación por medio de las armas una de sus principales tareas cotidianas. Visto así, este patriotismo mexicano se expresa no tanto como orgullo sino como un llamado a la defensa de la patria.¹⁹ Si bien estoy de acuerdo con Conrado Hernández López respecto de que el patriotismo sólo pudo consolidarse en los años de la Reforma, creo que ya era

discernible en la guerra con Estados Unidos; de hecho, éste fue uno de los factores que impulsaron el patriotismo entre los actores urbanos, letrados y militares.²⁰ Así, en 1846 el joven Zaragoza nos deja ver que para la década de 1840 había múltiples grupos mestizos e hispanoparlantes, mayoritariamente urbanos, que se identificaban a sí mismos como mexicanos y que no sólo se sintieron llamados a luchar contra “el enemigo”, sino que consideraron valioso prestar su servicio personal al país empuñando las armas a lo largo de las décadas de 1830 y 1840.

No hay más testimonios, sin embargo, de que Ignacio Zaragoza haya participado en la guerra contra Estados Unidos. Aunque Juan Nepomuceno Almonte, el ministro de la Guerra, mandó considerar el caso, una nota al calce en el expediente revela el rechazo: “Está prohibida la admisión de cadetes en los cuerpos.”²¹ Se presume, según testimonio del propio Manuel Z. Gómez, que fue en estos años cuando Ignacio Zaragoza habría pasado por las aulas de Monterrey, explorando sin éxito la posibilidad de ser abogado o sacerdote. Acaso siguió dedicado sin mayor interés al comercio.²² Algunos biógrafos se preocupan por explicar su falta de interés en las profesiones letradas; al repasar los escasos testimonios suyos, sin embargo, es evidente que su verdadero interés estaba en las armas.²³ En realidad, el vacío puebla la vida de Zaragoza desde 1846. Cuando reaparece al fin, su voz apenas es escuchada; en 1855, ya está vinculada a su gran pasión: las armas.